Guerra y revolución en Oriente Medio

La conferencia de Rabat significa un cambio, y significa también la iniciación de una nueva era.

¿Existe realmente una «nación árabe»? La conferencia de Rabat ha puesto una vez más en relieve las dificultades de aplicar conceptos abstractos a situaciones concretas. Viene sucediendo así desde hace, aproximadamente, unos cuarenta años. La gran revuelta árabe de 1918 contra el Imperio Otomano encerró en sí el principio y el fin de esa gran unidad. Los árabes se apoyaron en un aliado de poder, el Imperio Británico. En el mismo año, Gran Bretaña firmaba un protocolo secreto con Francia (el acuerdo Sykes-Picot), que no se descubriría hasta 1918 (lo hicieron público los bolcheviques), que dividía el Macereta —el Oriente árabe— el Maghreb es el Occidente, que subdividía los territorios de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia— en dos grandes zonas de influencia. En 1917, la declaración Balfour —Balfour era entonces ministro de Asuntos exteriores británico— ponía los primeros pasos para la «creación en Palestina, de un hogar nacional para el pueblo judío». La «Gran Siria» quedaría bajo mandato francés, dividida en dos países: Siria y Líbano. Gran Bretaña inventó países como Transjordania, como el irak, inventó jefes de Estado y los enfrentó unos con otros. Egipcio, colonizado ya por los ingleses en el siglo XX, fue la base de partida de esas operaciones: a El Cairo se le dio un aire de capitalidad del mundo árabe —como base para la lucha contra el Imperio otomano— que no ha perdido nunca más. El golfo Pérsico quedó dividido en omaníes; esos pequeños principados debían asegurar la continuidad inglesa en la explotación del petróleo. Los diferentes estatus, situaciones jurídicas, formas de colonización, las varias fortunas con que se ha realizado la descolonización, la pervivencia de regímenes tradicionales feudales y la implantación de regímenes progresistas en otras zonas, la diferencia de situaciones geográficas y económicas entre países que de una parte se vuelcan en el Atlántico y de otra están metidos en Asia, convirtió el mundo árabe en un mosaico que difícilmente puede composar, hoy, un solo árabe. En el foro, sobre todo en el fondo del pueblo, hay unos grandes elementos de unión: una religión que es al mismo tiempo espiritual y material, que suministra un orden de vida al mismo tiempo que una tradición; un idioma básico, un pasado cercano, con una mínima comunidad para las épocas de fuerza y trascendencia y para las de desgracia y opresión. Y una sensación de inestabilidad ante la vida impuesta por los otros, una necesidad aorreniente de cambio. Pero, las circunstancias políticas priman, hoy, sobre este fondo de la «nación árabe».

Por eso, la conferencia de Rabat se ha desarrollado de una manera abrupta y difícil, con diatribes, con porras, con abandono y regreso, con retranca y prolongación. Concluir de ello, como han hecho muchos aprisa y a duras penas, y quizá intensificándolo, pues se trae de experiencias y realidades del mundo árabe. Suponer que podia salir de ello una especie de declaración de guerra santa —o una fórmula mágica de unificación del mundo árabe— era preterfajar su fracaso, pues que todos objetan su existencia, los norteamericanos y los francés, y ninguno de sus participantes se lo había propuesto. De la conferencia de Rabat, con todas sus exaltaciones temperamentales, ha salido, en cambio, una de las conclusiones más realistas del examen de la situación: que el paso y la dirección de la guerra con Israel corresponde a los directamente interesados, esto es, a los palestinos, representados en Rabat por Arsat, y a los Estados árabes, que deben ayudar con todos los medios posibles a la liberación de su territorio. Practicamente, no es más que el reconocimiento de una realidad. Pero el reconocimiento de una realidad es mucho más de lo que se puede esperar de una conferencia política. La realidad es que, desde lo llorada «Guerra de los Seis Días» la única fuerza real que se opone al Estado de Israel es la de las guerrillas, que la existencia de esas guerrillas ha impedido ya que algunos Estados árabes puedan pactar por su cuenta —abandono, así a los palestinos— con Israel y que, al mismo tiempo, suponen una fuerza política de cierta novedad en Oriente Medio. El movimiento de liberación de Palestina, dirigido por Yasser Arsat (quien durante los tiempos de la clandestinidad se llamó Abi Amer), se adentra; para preparar desde 1956 —cuando se separó su base política—, lucha y lucha, en la idea de que los panealamismos, la idea de Arsat de crear una Palestina militarizada y con todas las religiones —incluidos los haberes— estén representados proporcionalmente es, precisamente, lo que se opone al objetivo de «guerra santa» y a las ideas de «pacto islámico» que no hace mucho tiempo —en 1955— proponía en Cusabiana el Rey Faisal para «combatir todas las ideologías extranjeras» para extirpar una fe religiosa que es incompatible con la doctrina materialista. No inicia vela en aquel posible pacto una amenaza directa de los regímenes conservadores de Oriente Medio contra los países considerados progresistas y que, en realidad, son buenas viejas. No hubo pacto islámico —y es difícil que lo haya nunca.

La acción política de Arsat, la situación internacional y la actuación de Israel parecen haber hecho descender la ola de la «nación árabe» o de «mundo islámico», que con su personalismo, acabarían limitando las soluciones prácticas, a reconocimiento de este hecho real: hay un millón de palestinos expulsados de sus países, de la tradición y las costumbres, y otro millón que ha quedado bajo la ocupación de Israel en las últimas conquistas territoriales y que sufre directamente una ocupación. Se trata de la lucha de estas personas por su derecho a la vida. Las religiones que supone éste —el islamismo— Arsat ha hablado de que Palestina puede ser una base para todos los creyentes: de hecho, un gran número de árabes cristianos forman parte del Movimiento de Liberación, como debieran quedar las ideas. En un último fondo no será así. N. los feudales ni las burguesías militares quedarán inmersas, y con su forma actual, si una situación como la que Arsat pretende se implementase un día en Palestina, Arsat es un revolucionario. No lo culpo. Le propongo. «Las revoluciones no se hacen a fuerza de conferencias», ha declarado nada más salir de Rabat. Su misma forma de rechazar el parásitismo como base y el lalaismo como motor, contradice directamente todas las doctrinas.
Propuesta en el Senado de Estados Unidos:
LA GUERRA DEL VIETNAM ES ILEGAL

En los primeros días de agosto de 1964 se produjo el misterioso, oscuro e histórico incidente del Golfo de Tonkin. Los Estados Unidos acusaron a los lanzas norvietnamitas de haber abierto fuego contra el norcoreano «Mudox», respondieron con un bombardeo sobre las instalaciones costeras de Vietnam del Norte. Fue el principio de la escalada. El Presidente Johnson envió al Congreso que apruebe su acción de guerra. Sin debate ni estudio profundo de los hechos —el secretario de Estado, Rusk, presentó un informe escueto—, muchos de cuyos extremos se revelaron posteriormente mala, la «resolución del Golfo de Tonkin» dio al Presidente poderes para continuar la guerra. Se trataba ahora de que el Congreso se vuelva atrás de aquella resolución. Es la propuesta del senador Charles Mathias, que ha encontrado un sólido apoyo en el Senado. Mathias quiere dar la vuelta, y no sólo a la historia, sino a la voluntad de los Esta- dos Unidos, volver a la situación de hace tres años en una guerra que puede llevar a un conflicto que podría llevar a la guerra. Como se sabe, la Constitución de los Estados Unidos no permite que el Presidente declare una guerra sin la aprobación del Congreso. Los Presidentes se las han arreglado hasta ahora para obligar a las naciones a sus armas sin declararla, desviando el poder del Congreso. Y el reclamo, con efecto retroactivo, de las resoluciones de guerra sin nombre, la autorización para que el Presidente pueda enviar tropas norteamericanas a puntos de combate, ocurría que los actuales comba- tientes en el Vietnam eran en una posición ilegal, al menos constitucional. Sin la «resolución del Golfo del Tonkin» Johnson no hubiera podido, legalmente, enviar a incrementar su exep- dicionario. Por tanto, si aquella resolución se anulara, Nixón tendría que proceder a retirar inmediata- mente los combatiientes americanos en el Vietnam, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Es posible que el proyecto de Mathias se examine solamente desde un punto de vista jurídico y no histórico. Si se escru- tina este proyecto que podría llevar a la conclusión de que se provo- cado directamente por los Estados Unidos con la ex- quisitas intenciones de poder iniciar una escalada que, según Johnson, los avances inmediatos —McNamara ya Rusk—, no eran conducir a un Vietnam del Norte a suspender inmediatamente la guerra, pero que como se ha visto en estos últimos años, ha tenido consecuencias de una dimensión moral en la guerra.